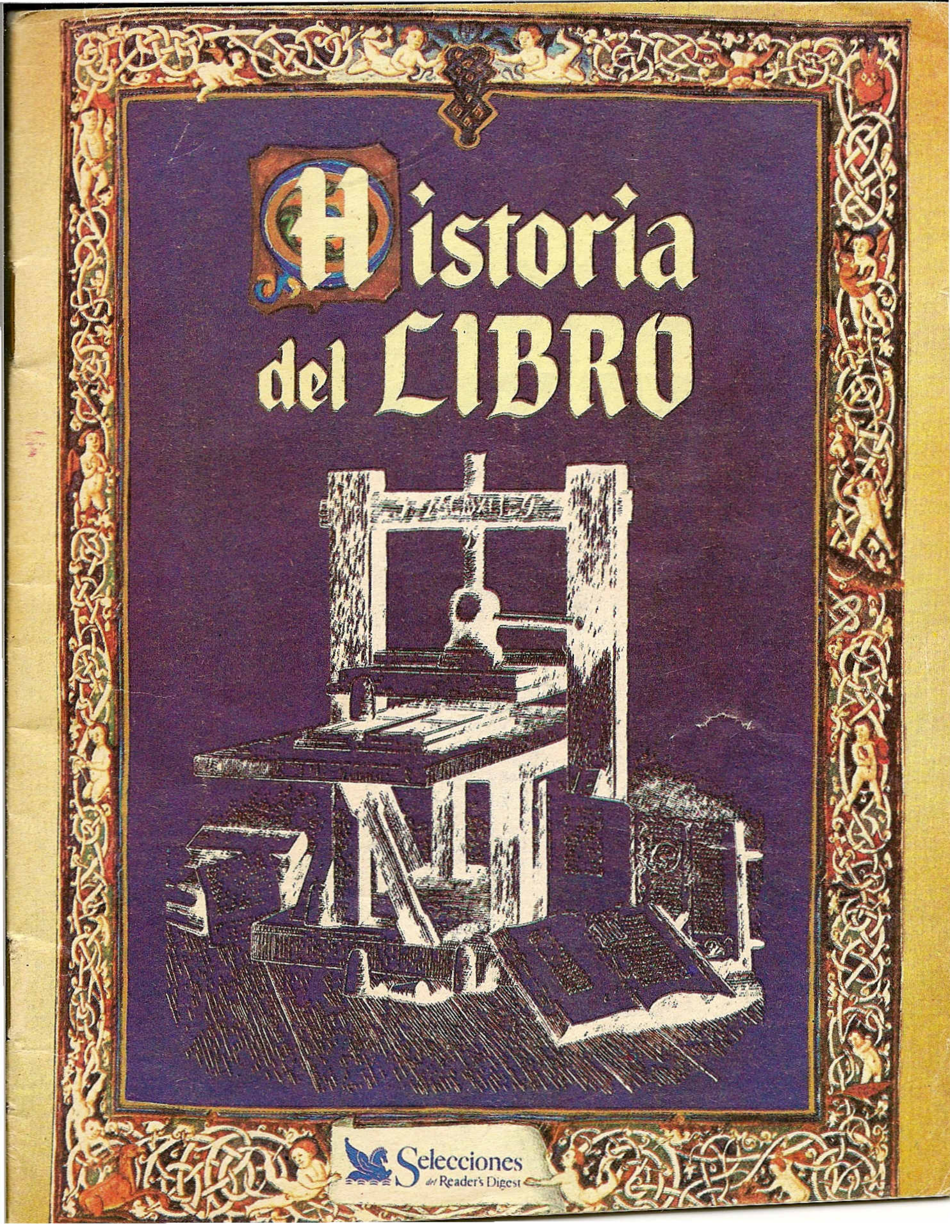


Historia del LIBRO
Selecciones del Reader's Digest

Departamento Editorial de Libros
Reader's Digest México, S.A. de C.V.

Director: Gonzalo Ang

Editores: José López Andrade, Gerardo Noriega, Alfredo Ocampo, Irene Paiz, Arturo Ramos Pluma, Myriam Rudoy

Auxiliares: Silvia Estrada, Adriana Rida

Arte: Rafael Arenzana

Redacción de Reader's Digest México, S.A. de C.V., con la colaboración de Lilia Granillo Vázquez, catedrática de la Universidad Autónoma Metropolitana.

Selecciones del Reader's Digest agradece a Francisco Salazar su colaboración en el diseño de esta obra.

Esta primera edición de 100,000 ejemplares se terminó de imprimir el 15 de agosto de 1990, en los talleres de Grupo Editorial Mexicano, S.A. San Luis Tlatilco, No. 4-B Naucalpan Edo. de México.

ISBN 968-28-0133-8

Editado en México por Reader's Digest México, S.A. de C.V.

Impreso en México
Printed in Mexico



Del gesto a la escritura


LA HISTORIA DEL LIBRO está ligada entrañablemente a la historia de una de las facultades más asombrosas del ser humano: el habla. Cuando por fin aquel ser primitivo conocido como hombre pudo erguirse y contemplar a sus anchas el mundo que lo rodeaba, quiso compartir con sus semejantes los descubrimientos que lo impulsaban a seguir en el conocimiento de la Naturaleza. Ese deseo lo llevó a desarrollar (imaginamos que muy lentamente y con muchas dificultades) la facultad del habla o, como se le conoce ahora, la capacidad de comunicación.

Al principio habrá utilizado el lenguaje de las manos y de los gestos para advertir a sus compañeros de posibles peligros. Luego habrá recurrido a gritos y sonidos guturales, antecedentes del lenguaje articulado que ha llegado a nosotros. Aún en la actualidad nuestra expresión oral se acompaña de gestos, ademanes y exclamaciones en muchos casos insustituibles.

Cuando el hombre de las cavernas consiguió con el transcurrir de los siglos adueñarse de la lengua hablada, lo comenzó a rondar una necesidad inexplicable de compartir conocimientos, sensaciones y tradiciones. Pero ahora quería hablar no

sólo con aquellos a los que trataba a diario, sino también con quienes no conocía, es decir, con aquellos que habrían de sucederle en su paso por la Tierra.

Esta necesidad de comunicarse con quienes no veía, de lograr que su ser trascendiera en un sentido refinadamente humano (necesidad hasta cierto punto de dejar rastro de sí), lo impulsó a desarrollar una poderosa forma de comunicación, la más perdurable que se conoce hasta ahora: la escritura.

Culturas van, culturas vienen, pero todas habrían estado de acuerdo en la veracidad del adagio latino *Verba volant, scripta manent* (lo que quiere decir que las palabras que proferimos se las lleva el viento, mientras que las que escribimos perduran), aun milenios antes de que el pueblo romano lo expresara con sabia sencillez.

De los pictogramas a las sílabas

Debemos buscar los primeros testimonios referentes a la escritura en una zona muy nebulosa de los tiempos, situada entre la prehistoria y la historia, es decir, entre la pictografía y la escritura alfabética.

En Europa, los habitantes de la era paleolítica dejaron registros magníficos de animales y de escenas de la vida cotidiana representados con admirable exactitud. Tales registros conmemoraban ciertos acontecimientos, cuyo valor no podía confiarse sólo a la tradición oral.

Algunos autores consideran también que pudieron haber tenido un valor mágico para los cavernícolas. En todo caso, con ellos hizo su aparición la capacidad del hombre para simbolizar las cosas.

Al lado de estas representaciones exactas hay trazos lineales inconfundibles que hacen referencia al mundo real sin representarlo ni copiarlo directamente. En realidad, los pictogramas se encuentran dispersos en muchos rincones del mundo. Y, aun en nuestro tiempo, ciertos aborígenes de Australia y Brasil, por ejemplo, utilizan esta forma rudimentaria de escritura.

Algunos pictogramas se identifican fácilmente con los objetos que representan; otros no. Sin embargo, tenemos la certeza de que significaron algo para los hombres que los pintaron. ¿Cómo se convirtieron estas representaciones del mundo real en lo que ahora llamamos escritura, sistema complicadísimo que pretende ser una representación de la lengua hablada y que alude a infinidad de objetos y sujetos que muchas veces son abstractos e intangibles? A ciencia cierta no se sabe. Es lógico suponer que, luego de que varias generaciones usaron los pictogramas, el hombre llegó a reconocer las ventajas de asociar ciertos signos gráficos con determinadas ideas o sensaciones.

Así, la escritura pictográfica evolucionó hacia los ideogramas, símbolos de objetos que evocan ideas

hasta cierto punto generales. Para decirlo simplemente, la combinación de los símbolos y de los objetos que representan enriqueció las facultades del hombre, pues le dio acceso al lenguaje figurado: el dibujo de una oreja llegó a significar "escuchar"; el del sol, "día", y así sucesivamente. Hay que reconocer la complejidad y el grado de refinamiento que requiere la comunicación por medio de un sistema ideográfico, el cual por cierto aún utilizan los chinos.

En todo caso, se calcula que la escritura propiamente dicha fue inventada alrededor del cuarto milenio antes de Cristo, es decir, hace unos 6 000 años. Al principio, más que transmitir información, era un recurso mnemotécnico; se escribía para fijar fórmulas religiosas, para asegurar códigos de derecho, genealogías y demás cuestiones de importancia social. Todos estos asuntos eran de sumo interés para las comunidades. Conforme la organización social se volvió más compleja, fue necesario anotar lo que antes se confiaba a la memoria.

Dado que la escritura implica un alto grado de desarrollo intelectual en la evolución del hombre, no es de extrañar que el primer escrito conocido hasta hoy sea un producto de Sumeria, la civilización más antigua del mundo. Se trata de una tablilla de piedra caliza descubierta en las ruinas de la ciudad mesopotámica de Kish. El texto considerado más antiguo del mundo es el registro de un cálculo de impuestos, hecho que no deja de parecer irónico. Hace más de 5 500 años un escribano grabó tres pictogramas alusivos a un pie, una mano y un trineo.

Para el año 3100 a. de C., o sea hace más de 5 000 años, los amanuenses, en un afán por simplificar la tarea, comenzaron a utilizar como material la arcilla blanda, con lo que el oficio dejó de ser rupestre. Esta innovación, así como el deseo cada vez mayor de fijar lo que antes era exclusivamente oral, los alentó a no restringirse sólo a objetos que podían ser dibujados. De esta manera se consolidó el paso al ideograma. Las cañas que servían de plumas tenían la punta en forma de cuña para facilitar el trazado, razón por la cual a este tipo de escritura se le llamó cuneiforme.

En los escritos cuneiformes cada símbolo corresponde a una sola idea. Los amanuenses, desalentados por la cantidad de signos que debían memorizar, probablemente discurrieron que los símbolos podían representar también sonidos y no únicamente ideas y objetos. Así comenzó a darse el cambio hacia la escritura fonética. Pese a que la posibilidad de representar sonidos redujo considerablemente el número de símbolos que estaban en proporción directa con las sílabas existentes en el idioma hablado, el escribano sumerio tenía que aprenderse cerca de 600 signos si deseaba ser considerado un "letrado apto".

Mientras que los pueblos del Cercano Oriente adoptaron el sistema cuneiforme, los antiguos egipcios desarrollaron otro tipo de escritura, que también es ideográfica. En efecto, hay pruebas de que la jeroglífica se utilizaba ya hace 5 000 años. Los ideogramas primitivos podían escribirse en cualquier dirección. En el caso de los jeroglíficos, las imágenes independientes se trazaban siguiendo la dirección en que había de leerse el texto.

A diferencia del estilo sumerio, el jeroglífico egipcio no se difundió ni se transmitió a otros pueblos, acaso porque el oficio resultaba difícil de aprender y muy lento para ser usado en las actividades cada vez más numerosas que requerían ser registradas. Se utilizaba fundamentalmente para las inscripciones sagradas en monumentos y otros edificios suntuosos, lo que subraya el carácter religioso, reverencial y secreto del que hablábamos antes.

Se han identificado más de 700 caracteres de figuras esquematizadas de personas, animales y objetos de uso común en el repertorio egipcio de jeroglíficos. Estos caracteres se usaban a la vez como ideogramas que representaban la idea del objeto dibujado y como reproducciones fonéticas que reemplazaban los sonidos de una palabra por medio de los símbolos que correspondían a las consonantes. Los sacerdotes egipcios utilizaban además una variante denominada escritura hierática, que consistía en una forma simplificada del jeroglífico, susceptible de escribirse rápidamente en papiros destinados a textos religiosos.

El jeroglífico egipcio ha pasado a la historia tanto por el valor cultural de ese pueblo como por la belleza de los trazos largos y finos y por la invención de las letras. Al estudiarlos se advierte claramente el paso del ideograma al alfabeto. Podría pensarse que cada dibujo representaba una idea o una palabra, pero no es así. Entre los habitantes del Nilo, el signo supera al dibujo. Algunos símbolos representan palabras completas; otros, sílabas separadas; y otros más, letras.

La escritura jeroglífica perduró hasta la época de los romanos, aunque hacia el siglo VII a. de C. la que más se practicaba era la variedad llamada demótica o popular. Esta escritura, que siguió usándose hasta el siglo V de nuestra era, carecía del refinamiento y de la estilización que tuvieron los primeros jeroglíficos, cuya calidad gráfica y artística salta a la vista y ha cautivado siempre a sus admiradores.

Otro momento de la evolución de la escritura, acaso el más importante para la cultura occidental, fue la escritura silábica, que implicaba la memorización de centenares de símbolos correspondientes a las sílabas de un idioma. Con el paso hacia la escritura silábica, se dio también la escritura en líneas horizontales, denominada escritura lineal, cuyas variantes fueron empleadas por los minoicos de la isla de Creta. La forma lineal A, que aún no ha sido descifrada satisfactoriamente, data más o menos del año 1600 a. de C.

La transformación se produjo cuando el hombre cayó en la cuenta de que las sílabas están formadas por un número determinado o, mejor aún, reducido de sonidos elementales. Es decir, en una palabra se pueden encontrar los mismos sonidos vocálicos que en cualquier otra, aunque en orden diferente. También los sonidos consonánticos eran unos cuantos en comparación con el número de sílabas.

El alfabeto egipcio


UNQUE LA EVOLUCIÓN de la escritura hacia el alfabeto se inició entre los pueblos semitas, no deja de ser irónico que éstos hayan tomado la idea de escribir con letras de los egipcios, el pueblo que tiranizaron y que, al decir de algunos egiptólogos, era mucho más avanzado que los semitas. Al dominar los pueblos semitas a los egipcios y reinar en el valle del Nilo por más de un siglo, descubrieron los signos con los que los egipcios acostumbraban, sin orden ni regularidad aparente, acompañar sus jeroglíficos. Seguramente, encantados con la economía gráfica de la letra, seleccionaron una veintena de ellos y fueron sustituyendo los jeroglíficos.

Por ello se dice que el origen de cada letra fue una imagen. Una explicación aproximada, simplificada, de este proceso de sustitución sería el siguiente. En vez de dibujar la imagen que correspondía a una palabra, si ésta por ejemplo llevaba una *a*, los hiksos dibujaban una cabeza de toro en el lugar del sonido *a*, ya que en su lengua esa cabeza se decía *aleph;* si la palabra llevaba una *b*, dibujaban una casa, que se decía *bet;* si llevaba una *r*, dibujaban una cabeza humana, que ellos llamaban *rech*, y así sucesivamente.

De manera similar, cuando queremos que los niños aprendan a escribir, por ejemplo, la palabra "dedo" les enseñamos primero, con dibujos, las letras: *d* de dado, *e* de elefante, otra vez *d* de dado, y *o* de orangután. Cuando los egipcios por fin se liberaron de los hiksos, éstos ya habían perfeccionado su alfabeto como para legarlo a otros pueblos. Hace muchos siglos que los hiksos desaparecieron de la faz de la tierra, pero su forma de escribir con letras ha llegado hasta nosotros.

De alfabetos y caligrafías

En efecto, la escritura fonética, que es la forma más simple de escritura que se haya inventado, se basa en el empleo de un símbolo o grafía para cada sonido. Se cree que el alfabeto surgió en el Medio Oriente. Por uno de esos vuelcos de la fortuna correspondió a una tribu de semitas, a los hiksos, enemigos acérrimos y dominadores de los egipcios, reconocer la utilidad de sistematizar las letras, aquellas que para los egipcios eran más bien de ornato.

Así, este grupo procedente del este de Arabia que se estableció en el valle del Nilo por más de un siglo, cambió los jeroglíficos por letras de una manera simple. El dibujo de los ideogramas se convirtió en el trazo de las letras. En principio, el concepto de alfabeto o abecedario es muy similar al proceso de alfabetización que usamos hoy día. Se eligieron ciertos signos que designaran determinados sonidos, algo semejante a la manera en que los niños aprenden a leer: *a* de árbol, *b* de burro, *c* de casa, etcétera.

El primer alfabeto conocido fue el semítico septentrional y constaba de 22 caracteres dispuestos en cierto orden. Cada uno de estos caracteres recibió un nombre que facilitaba su identificación. Desde entonces, aprender el alfabeto ha sido juego de niños.

La invención del alfabeto fonético simplificó a tal grado el proceso que a la larga significó la apertura del círculo reservado a religiosos y amanuenses, rompió el monopolio de las letras y aceleró el desarrollo expresivo de gran parte de la humanidad. La escritura, que antes se destinaba a ritos y transacciones comerciales esenciales, pudo dedicarse a otros menesteres e incursionar en los mundos del conocimiento y la creatividad poética, que son por excelencia los dominios del libro.

La mayoría de los especialistas coinciden en que todos los alfabetos, los considerados importantes, surgieron de un alfabeto común diseñado hacia el año 1600 a. de C. por los cananeos, otros semitas o grupos de hebreos primitivos y fenicios, que habitaron las riberas orientales del Mediterráneo.

De ese sistema alfabético surgieron dos ramas principales: el cananeo y el arameo. Las escrituras alfabéticas del Oriente proceden del arameo, mientras que el cananeo se extendió hacia el occidente de Siria, y de ahí nos llegó. Tanto en el arameo como en el cananeo se escribían sólo las consonantes.

Los navegantes fenicios llevaron las letras hasta Grecia en alguno de sus viajes por las costas del Mediterráneo. Junto con sus mercaderías, aquel pueblo de viajeros difundió el alfabeto, cuyos signos ya se parecían muy poco a los jeroglíficos egipcios. El pueblo griego inició la escritura de vocales, y nos legó también la escritura de izquierda a derecha. Originalmente, las líneas se

leían alternadamente, de derecha a izquierda y, a continuación, de izquierda a derecha. A partir del año 500 a. de C. se adoptó la que sería la moderna práctica occidental de leer de izquierda a derecha.

La herencia griega incluyó por supuesto el alfabeto, pues fueron los griegos quienes lo introdujeron en Europa hacia el año 1000 a. de C. También llegó el alfabeto griego a la Península Itálica a través de los etruscos, pueblo que dominó la Italia central antes del advenimiento del Imperio Romano. Alrededor del siglo VII a. de C., los romanos utilizaban 21 letras del alfabeto etrusco. Tras la conquista de Grecia, unos 600 años después, incorporaron las letras *y* y *z* para representar los correspondientes sonidos griegos. A nuestro moderno alfabeto occidental, que consta de 26 letras, se le agregaron durante la Edad Media las grafías para la *j*, la *u* y la *w*. El alfabeto español consta de tres letras más, la *ch*, la *ll* y la *ñ*, que hacen un total de 29.

Otra de las ramas del alfabeto griego que llegó a Europa fue el cirílico, atribuido al griego San Cirilo, quien vivió en el siglo IX d. de C., y que adaptó el alfabeto griego para representar con más exactitud los diversos sonidos de las lenguas eslavas, en las regiones que conocemos ahora como Europa oriental. Pueblos como el ruso, el búlgaro y el servio, llegaron con el tiempo a reflejar en su escritura el alfabeto cirílico, debido en buena parte a la influencia de la religión cristiana durante el Imperio Bizantino, el cual duró más de mil años.

Una vez inventado el alfabeto fonético y desarrollado el latino, que es el que usa la mayor parte del mundo occidental, la evolución de la escritura siguió por caminos de refinamiento insospechados para los primeros escribanos. La caligrafía, que es la materia que trata de los estilos de escritura, tuvo un gran desarrollo entre los romanos y en ocasiones fue resultado de preocupaciones estéticas.

En este sentido, el estilo más difundido fue el de las mayúsculas "monumentales", propio de los monumentos clásicos, como la célebre Columna de Trajano, en Roma. En plena Edad Media surgió la escritura carolingia en Francia, a finales del siglo VIII d. de C. Con el patrocinio de Carlomagno, esta caligrafía se impuso en Europa, y durante dos siglos constituyó el estilo caligráfico más importante. El uso de la letra minúscula se debe a la necesidad de los amanuenses medievales de no levantar la pluma de la superficie donde escribían a fin de ahorrar tiempo al copiar los textos.

Otro estilo de escritura lo constituye la llamada "letra negra", o escritura gótica, extendida en Alemania; también cabe mencionar la *littera antiqua,* más redonda y de fácil lectura, que surgió en el Renacimiento italiano, de la cual pro-

ceden tanto el tipo llamado "romano", como la bastardilla (o *itálica*), cuya característica es la inclinación de los caracteres.

En el último siglo, con el incremento de la alfabetización de las sociedades, han surgido innumerables estilos de escritura de mano o manuscrita. La *script* y la Palmer son sólo algunas de ellas. La industria editorial actual ofrece en este sentido una gama muy amplia de "familias" o estilos de letras, una para cada gusto y necesidad. Pero no olvidemos que esta enorme variedad se relaciona de manera directa con la difusión del material de lectura, el aumento del público lector y el comercio cada vez más generalizado, entre otros factores que interactúan en beneficio del hombre y de la sociedad y que han sido determinantes para la comunicación humana.



En la parte superior de la ilustración, la momia de un personaje importante es conducida hacia su tumba. Los jeroglíficos de la parte inferior narran la vida y acciones del difunto.



Antecedentes: piedra y papiro

A HISTORIA DEL LIBRO es también la historia de lo que formalmente se conoce como materia escriptoria, es decir, de la materia física que ha servido para preservar la memoria científica, cultural y popular de la humanidad. Como hemos visto, los "escritos" que han sido considerados más antiguos se esculpieron en piedra. En efecto, hay innumerables vestigios de inscripciones en roca o en mármol que, aunque no son libros propiamente hablando, son fruto del deseo de un ser racional de expresar sus pensamientos, sus creaciones y progresos, y de transmitirlos a la posteridad. En cierto sentido, dichos vestigios se relacionan con esta historia.

Al hablar de la evolución de la materia escriptoria nos referimos no tanto al documento, sino al libro en su sentido físico. Hay que distinguir entre documento (o sea el conjunto de registros de impuestos, de pases mágicos, de inscripciones de sucesos y de apuntes con los que se inició la escritura) y libro (que es el vehículo de comunicación por excelencia, la obra que utiliza un sistema visual de símbolos para transmitir significados y que porta una intención de divulgar el contenido, es decir, de publicarlo, de volverlo público, de darlo a conocer).

No hablamos aquí del asiento de cuentas caseras ni de anotaciones menores, sino del texto que consigna asuntos que para los miembros de la comunidad merecen ser discutidos, y cuyas resonancias podían incluso llegar a ser universales. La diferencia, pues, entre libro y documento estriba sobre todo en la trascendencia y en el destinatario de uno y de otro, en su carácter público o privado.

Del valor de la piedra y su capacidad de transmisión contamos, a modo de ejemplo, nada menos que con algunos libros de la Biblia (el libro por antonomasia). Tal es el caso del Decálogo, que como se recordará Dios escribió en dos "tablas de piedra".

Otro ejemplo del uso de la piedra como materia escriptoria lo constituye la famosa Piedra de Rosetta, en la que aparecen inscripciones egipcias, tanto en escritura jeroglífica como demótica. Estos jeroglíficos permanecieron muchos siglos sin descifrar hasta 1822, en que el joven francés Jean François Champollion, después de catorce años de arduo trabajo, logró aclarar el enigma. La Piedra de Rosetta o, mejor dicho, el fragmento que aún se conserva, fue descubierto accidentalmente por los soldados de Napoleón Bonaparte en 1799. Sin comprender su significado, pero seguros de su valor, los soldados que cavaban trincheras en Egipto enviaron el monumento a los estudiosos. Con ello, para delicia de los egiptólogos, abrieron las puertas de un mundo singular y fascinante.

Años de luchar contra la dureza del material convencieron a los sumerios de las ventajas que representaba trabajar en arcilla, para grabar la cual crearon los instrumentos adecuados: las cañas que servían de pluma sobre todo en los escritos cuneiformes, y de las cuales ya hablamos. Gracias a ellas, escribir fue más fácil y, con el paso del tiempo, los símbolos fueron volviéndose más y más abstractos.

Con todo, pese a su complejidad, la escritura cuneiforme se difundió entre los persas, babilonios y asirios, quienes la utilizaron por más de tres milenios. Se tienen ejemplos de estos registros, los últimos de los cuales datan del siglo I d. de C. Para que la cultura occidental los descifrara fue necesario que llegara, también en este caso, el siglo XIX con su afición por la filología. En 1834, el alemán Georg Grotefend y el inglés Henry Rawlinson por fin desentrañaron el enigma de lo que parecía ser una interminable sucesión de "rayitas chuecas".

Durante más de 2 000 años se escribió en tablillas de arcilla o barro que luego eran cocidas al horno. Aquellos mesopotámicos hacían verdaderos "ladrillos escritos". Lo sorprendente es que esa manera hasta cierto punto rudimentaria de preservación contribuyera a desarrollar el concepto del libro en lo que

a durabilidad se refiere. Lo mismo puede decirse de la permanencia de lo escrito y de su portabilidad.

En ocasiones, las tablillas eran de cera y se usaban en el antiguo Egipto, Grecia y Roma. La práctica común de imprimir muescas y signos cuneiformes para llevar las cuentas en esas tablillas o tarjas (cañas o palitos marcados con muescas) perduró hasta la Baja Edad Media, sobre todo en Europa occidental. Los escolares estudiaban y escribían en cera, "en el encerado", hasta hace unos doscientos años. Antes de la Revolución Francesa, se empleaban mucho esos cuadernillos de cera, dado que podían borrarse con el extremo romo del estilete que hacía las veces de lápiz.

En realidad, el papel, que hoy en día es la materia escriptoria por excelencia, desciende directamente del papiro, hecho por los egipcios con los tallos de la planta *Cyperus papyrus.* Los tallos se trataban y se convertían en tiras, y así se producía una superficie lisa, adecuada para escribir con los cálamos mojados en una especie de tinta hecha con agua, goma y hollín o tinte vegetal. Por su peso y su textura, el papiro fue esencial para el surgimiento del libro tal como lo conocemos.

De hecho, el llamado papel de Egipto inaugura la existencia del libro como conjunto de hojas escritas o impresas. La diferencia entre los llamados "libros egipcios" y los actuales es muy notoria en lo que a la forma se refiere. Los rollos de papiro eran unas tiras largas que, una vez que se había escrito en ellas, se unían por los márgenes: el izquierdo de una se unía con el derecho de la otra, y luego se enrollaban en lo que se conocía como rollo o volumen. Se han encontrado rollos que ya extendidos ocupan más de 40 metros.

El texto se disponía en columnas paralelas, una por hoja. Un ejemplo lo constituye el fabuloso *Libro de los muertos* de los egipcios, que en realidad es una serie de textos hallados en tumbas y pirámides. Estos papiros datan del siglo XIII a. de C. e incluyen oraciones, fórmulas e himnos que los antiguos egipcios consideraban eficaces para que el alma siguiera, al morir, el camino a la morada de los muertos, y respondiera a las preguntas de los 42 jueces en la cámara de Osiris, el dios de la otra vida. Otro ejemplo importante lo forman los Rollos del mar Muerto, que datan del siglo III a. de C. y que en 1947 fueron descubiertos accidentalmente por un pastor beduino. Los Rollos estaban dentro de unas vasijas de barro en unas cuevas de Qumrán, en pleno desierto de Judea y a orillas del mar Muerto.

Antigüedad clásica: pergamino y papel

El papiro se relaciona con el pergamino, pues ambos constituyen materia escriptoria. El nombre de

La Biblioteca de Alejandría


EN EL AÑO 323 A. DE C., Alejandro Magno logró unificar el mundo antiguo bajo la férula de la cultura griega e hizo que la capital de Egipto fuera la nueva ciudad de Alejandría. La dinastía de los Ptolomeos convirtió a Alejandría en un gran centro intelectual en el cual confluyeron a un tiempo las culturas griega y oriental unificadas por el griego, lengua que ya había alcanzado el rango de patrimonio común de los sabios. En un principio, en el Museo se alojaban sabios y hombres de ciencia de todo el mundo. Alejandría fue para el Mundo Antiguo lo que la Toledo de Alfonso X el Sabio a la Edad Media. Al Museo se le añadió la Biblioteca edificada para albergar las obras aristotélicas que habían podido conservarse. Con el tiempo constituyó un acervo riquísimo de más de 700 000 obras, que se perdieron en el famoso incendio ocurrido cuando César conquistó la ciudad.

Durante la dinastía ptolomaica, el libro llegó a sobrepasar a la tradición oral como primera forma de transmisión del conocimiento. Recordamos que incluso durante el Siglo de Pericles, la principal forma de transmisión del saber y de la creación poética era oral. El rapsoda, el orador y el actor superaban con mucho a los escritores.

pergamino proviene de Pérgamo, antigua ciudad del Asia Menor donde se preparaba desde el siglo II a. de C. Pérgamo (situada en lo que ahora es territorio turco) también es famosa porque llegó a tener una biblioteca de más de 200 000 volúmenes y porque, guardando las distancias, llegó a tener una floreciente industria editorial, al amparo del rey Eumenes II (197 a 159 a. de C.). El pergamino se obtenía —y se obtiene— de la piel de algunos animales, como el ternero, la oveja y la cabra, limpia del pelo, raída, adobada y estirada, aunque sin curtir. Es suave al tacto, ideal para escribir en ella y para encuadernar libros, y mucho más perdurable que el papiro.

Al parecer, la rivalidad entre las dos ciudades reconocidas como bastiones del conocimiento durante la Edad Alejandrina, sedes de la bibliofilia, Pérgamo y Alejandría, favoreció el que la primera aprovechara una prohibición de exportar libremente el papiro así como los elevados impuestos que había que pagar por él, para literalmente inundar el mercado libre del mundo antiguo con pieles muy delicadas, hábilmente trabajadas, fruto de las más desarrolladas técnicas de la curtiduría. Poco a poco, el pergamino fue desplazando al papiro que, no obstante, se negaba a desaparecer. Todavía lo utilizaban en Francia hacia el siglo IX, y la Santa Sede lo empleó de manera general hasta bien entrado el siglo XI.

El uso del pergamino o vitela (vellón) aceleró más aún la evolución del libro como tal. En efecto, la forma actual de libro, el de cuaderno o códice, hizo su aparición en tiempos del pergamino. En vez de unir en tiras las hojas, la forma del códice implicaba doblar las hojas y unirlas por el doblez. Esta nueva manera tenía visibles ventajas sobre los rollos. Para empezar, se disponía de mayor superficie para escribir, ya que las hojas tenían dos caras, lo que representaba una insólita novedad. El libro podía ahora abrirse con facilidad para localizar un determinado pasaje, evitándose así la molestia de enrollar y desenrollar los papiros.

Al igual que con la escritura alfabética, el advenimiento de una materia escriptoria tan útil y durable permitió al hombre liberar su imaginación y alcanzar horizontes bibliográficos inconcebibles. Por más de 400 años, el rollo y el volumen coexistieron pacíficamente hasta que el retorno de la pulpa del bambú (antecedente inmediato de la materia prima del papel actual) acabó imponiéndose por la relativa facilidad de su producción, en comparación con la dificultad de producir piel.

En el siglo XVIII, los árabes conquistaron la legendaria ciudad de Samarcanda, en Asia Central. Entre los tesoros que extrajeron de la fabulosa ciudad estaba el de la fabricación del papel. Al invadir las ciudades del Mediterráneo, los árabes llevaron este preciado secreto que los chinos conocían desde hacia casi dos milenios y establecieron fábricas de papel en España y en Sicilia. Aunque tardó algunos años en aclimatarse, para el siglo XIII ya había molinos de papel en Alemania, Francia e Italia.

Para entonces, ya los europeos había hecho innovaciones a la tecnología china y utilizaban viejos trozos de tela de lino y otros trapos. Así se determinó que la forma del libro fuera, al menos hasta el siglo XX, la original de la vitela, con la materia de fibra vegetal, como el papel que los chinos utilizaban desde hacía muchos siglos.

En realidad, gracias a la evolución de la materia escriptoria, el libro desplazó definitivamente a la tradición oral como medio de divulgación. Aunque en el Siglo de Oro Ateniense, en el siglo V a. de C., todavía la transmisión oral era la más común para transmitir la información, no cabe duda de que en esa época también se consolidó el con-

cepto del libro como vehículo del conocimiento. Si bien es cierto que en esa época la Odisea se cantaba y aún no se escribía, también lo es que para la edad Alejandrina se iniciaron empresas bibliográficas monumentales como la Septuaginta, que consistió en traducir las escrituras hebreas al griego y que representó un notable ejemplo de esfuerzo de síntesis intelectual, de alcances verdaderamente universales.

Con el tiempo surgieron las bibliotecas y los centros dedicados al saber, embriones de nuestras escuelas y universidades, lugares en donde el libro era el elemento esencial. En Alejandría, los centros llamados Museum y Serapeum se ufanaban de poseer entre 200 000 y 700 000 rollos. Igualmente importante para nosotros fue la cultura libresca del Imperio Romano. A decir verdad, los romanos sintieron predilección por la arcilla y el papiro. Sin embargo, ellos también fueron grandes favorecedores de las empresas culturales que veían al libro como instrumento utilísimo en la superación del hombre.

La Charta damascena española

E TODOS LOS MATERIALES empleados para escribir, desde la tablilla de arcilla de los babilonios hasta el diskette magnético, pasando por los omoplatos de carnero sobre los cuales, según se cuenta, Mahoma escribió el Corán, el papel es el más versátil, resistente y de fácil manejo.

Sin embargo, aunque los chinos lo conocían desde el año 105 de nuestra era, no fue sino hasta 600 años más tarde, después de las invasiones árabes, que llegó a Europa, a la Península Ibérica vía Samarcanda. Con todo, tardó más de 200 años en ser conocido. Su uso no fue común en manuscritos antes del siglo XV. Tal vez tardó tanto en vencer al papiro porque los primeros fabricantes habían aprendido a hacer el papel con lino o algodón, y en Europa escaseaban esas materias primas. En Damasco comenzaron a hacerlo de trapos viejos y de ahí tomo el nombre de Charta damascena.

A poco Ceuta, Játiva y Toledo comenzaron a ser famosos por sus papeles, y eso desde el siglo IX. Cuando se inició la Reconquista de España, los religiosos ya fabricaban el papel, igual que todo el libro. Realmente se puede considerar a los monjes medievales como los primeros obreros de la industria del libro.

Edad Media: los manuscritos

Sobre piel se realizaron verdaderas joyas bibliográficas durante la Edad Media. En los códices más lujosos escritos en el periodo que va del siglo I al XI de nuestra era, para los caracteres se empleaba tinta de oro o de plata. En ese entonces ya era común el uso de la vitela o piel de ternera, notable por su blancura y delicadeza.

De la Edad Media datan la afición a los libros, los bibliófilos o bibliómanos, y los "ratones de biblioteca", estos últimos con actitudes y manías que revelan un gran aprecio por el libro en sí, no sólo como vehículo de la comunicación humana, sino como tesoro de sabiduría y erudición.

En realidad, algunos de los libros que se conservan en los museos europeos son auténticos tesoros por el material empleado en su elaboración: broches de piedras preciosas remataban la encuadernación que en ocasiones era de la más fina seda e incluso de oro puro, amén del artístico trabajo que implicaba la escritura manuscrita, el copiado de cada uno de los caracteres de las obras que llegaban a ocupar hasta 700 folios o páginas. Durante la mal llamada "edad oscura", que se caracterizó justo por un florecimiento del trabajo intelectual debido a la inquietud de saber de los clérigos, poseer un libro era sinónimo de nobleza y signo de alta calidad espiritual.

El mundo occidental de entonces poseía ya un considerable acervo bibliográfico, producto del saber cristiano y de la herencia grecolatina (recibida parcialmente, ya que no fue sino hasta el Renacimiento, es decir, en el siglo XV, cuando se tuvo en su totalidad). Luego de las invasiones bárbaras y de la conquista árabe de buena parte de la Península Ibérica y del Mediterráneo, comenzó a fluir a Occidente el conocimiento milenario del refinado Oriente. El choque de ideas y tradiciones originó una variedad cultural riquísima; de él surgieron las traducciones, el intercambio cultural, el comercio y el afán de saber.

El acervo cultural medieval aumentaba con el ejercicio intelectual de los monjes y, en general, de la Iglesia. Miles y miles de volúmenes, de vitela o de pulpa vegetal, fueron ocupados en anotar concienzudamente las innumerables discusiones y polémicas de los siglos VIII al XIV, durante la Alta y Baja Edad Media. Basta recordar la celebérrima discusión bizantina —que aunque no está debidamente documentada es de todos conocida— con la cual se trataba de establecer el número exacto de ángeles que cabían en la punta de un alfiler. Al contemplar las obras maestras producidas en los talleres de los conventos medievales, es fácil comprender la veneración que entonces tenían por aquellos manuscritos encuadernados con lujo inefable.

Conviene distinguir ahora entre los libros que se produjeron antes y después de la invención de la imprenta. Ya hablamos del papiro, así como del rollo y del volumen. Otra cosa son los códices y los manuscritos. Por manuscrito se entiende generalmente todo libro —que no documento— anterior a la invención de la imprenta. En cierto sentido, lo que caracteriza al manuscrito es que la escritura en él contenida sea un producto manual y no mecánico, sin importar que la materia escriptoria sea papel, pergamino o papiro, ni que sea fruto del siglo XIV o del XX.

Sin embargo, la práctica obligatoria de escribir a mano y de copiar uno por uno los rasgos de un libro dio origen, con el paso del tiempo, a innumerables complicaciones en la transmisión del conocimiento. Basta con imaginarse la cantidad de "manos" o de estilos de escribir presentes en el copiado de las Sagradas Escrituras, por ejemplo. Cada escriba o amanuense leía el original como Dios le daba a entender, y a su vez escribía como podía. Por su parte, el lector hacía grandes esfuerzos por comprender el texto, ya que era imposible uniformar la letra ni los signos personales (recuérdese que cada uno de nosotros tiene un sistema propio para abreviar cuando anotamos algo).

Por lo anterior, si fue necesario invertir años de estudio para poder descifrar los jeroglíficos egipcios, hubo que desarrollar una técnica, casi una ciencia, que permitiera leer los manuscritos antiguos, incluso aquellos escritos en nuestra propia lengua: la paleografía.

La dificultad para leer manuscritos no fue el único incentivo para idear una manera más rápida de reproducir libros y favorecer la circulación de las obras. Los errores de los copistas dieron lugar a muchísimas contradicciones y aun a conceptos extrañísimos. Por ejemplo, se dice que la iconografía de Moisés, el que se le represente con cuernos, es producto no de la imaginación del artista, sino de una lectura errónea de cierta descripción hebrea.

Las necesidades intelectuales y sociales del hombre medieval, entrado ya en el Renacimiento, esperaban con ansia el advenimiento de una nueva forma de producir libros que le permitiera satisfacer sus ansias de conocimiento y expansión. Estaba preparado para salir a conquistar nuevos mundos. El salto de lo manual a lo mecánico, de lo individual a lo colectivo, en materia de libros se pudo dar gracias a la imprenta. El hombre europeo tardó milenios para dar con lo que los chinos empleaban con soltura muchas generaciones atrás.

Nacimiento y desarrollo de la imprenta

Para que podamos tener fácilmente una idea de la potencia revolucionaria de la imprenta basta con que

El libro chino



MERECE UN RECONOCIMIENTO la complejidad y el grado de refinamiento que requiere la comunicación por medio de un sistema ideográfico, el cual por cierto es el que aún se emplea en China. Los chinos escriben todavía con lo que podríamos considerar como jeroglíficos silábicos. A ello se presta de maravilla su lengua, ya que las palabras son muy cortas, monosilábicas o bisilábicas. Como se ve, también el tipo de escritura es una cuestión cultural.

La prueba arqueológica indica que los chinos ya elaboraban libros en escala considerable hacia 1300 a. de C. Esos primeros libros eran de tiras de madera o de bambú atadas con cordel.

En una de las más famosas quemas de libros (otras dos serían la del *Quijote* y la que ordenó Hitler en los años treinta de este siglo), el emperador Shih Huangti, de la dinastía Ch'in, temeroso como todos los tiranos de la ciencia que desconocía y con el propósito de que la historia principiara con él, mandó que fuera destruida buena parte de la tradición bibliográfica. No obstante, logró salvarse del fuego y del deterioro por la humedad un acervo considerable. Ello alentó a los chinos a elaborar la primera bibliografía nacional en el siglo I a. de C., que consistió en una lista clasificada de 677 libros en tablillas o hechos de seda sobre temas tan diversos como medicina, poesía, astronomía, artes adivinatorias, etcétera.

echemos un vistazo a ciertos cálculos sobre el número de volúmenes que circulaban en Europa antes y después del invento de Gutenberg. Según datos disponibles, hacia 1440-1450 habría sólo unos cuantos miles de libros manuscritos en el Viejo Continente; para 1500, a sólo cincuenta años de haberse descubierto la técnica de la tipografía, ya había más de nueve millones de libros (decir impresos sería un pleonasmo, ya que para nosotros el libro es por definición impreso).

Las cifras anteriores son de por sí elocuentes acerca de la necesidad que había de mecanizar la práctica de los escribas, de la explosión de cultura escrita en el Renacimiento y de la rapidez con que se transmitían los descubrimientos. Cambios que tomaban antes siglos o milenios, ahora requerían de sólo unos cuantos años.

En realidad, la evolución se venía gestando de tiempo atrás y, como se verá más adelante, a ella contribuyó la urgencia intelectual del hombre, la misma urgencia que hizo a los cavernícolas dibujar en las paredes de las cuevas: la necesidad de comunicarse.



Arriba, el egiptólogo francés Jean François Champollion (1790-1823), fundador del museo egipcio del Louvre; Champollion trabajó durante más de 14 años antes de descifrar los secretos de la Piedra de Rosetta (derecha, abajo). A la derecha, arriba, se muestran los nombres de Ptolomeo y Cleopatra, escritos en jeroglíficos egipcios.



El advenimiento de la imprenta



SON MUY ESCASAS LAS REFERENCIAS anteriores al año 1100 sobre la producción de libros fuera de los monasterios. La cultura y el conocimiento parecían ser propiedad exclusiva de la Iglesia durante la época feudal. Sin embargo, luego del llamado "renacimiento" del siglo XII y del interés por rescatar los antiguos textos griegos —aunque fuera a través de traducciones latinas— el coto eclesiástico se fue abriendo para dar acceso a la población laica. El establecimiento de las universidades en determinadas ciudades favoreció el desarrollo de talleres de producción y la comercialización de libros. Desde luego, la producción bibliográfica seguía bajo el control de las autoridades universitarias (siempre vinculadas con la Iglesia), las cuales eran sus consumidoras principales.

A partir del siglo XIV tenemos noticias de la exhibición de libros con fines comerciales. También para entonces hay pruebas de que los artesanos encargados de lo que ahora llamamos producción editorial se constituían en gremios, de la misma manera en que se unían los carniceros, los mercaderes, etcétera. Por su parte, también el oficio de escritor comienza a diferenciarse del de copista, escribano o amanuense, y

surgen las literaturas nacionales al influjo de la variedad y riqueza de la literatura griega. La transmisión de las canciones de los juglares fue oral hasta poco antes de 1300, cuando comenzaron a ser plasmadas en el llamado "libro romance" o vernáculo; las historias y leyendas que poblaban la imaginación popular ingresaron también en la fila de los manuscritos, antaño reservados para las Sagradas Escrituras, las glosas y los comentarios de los Padres de la Iglesia.

Cuando la Edad Media se acercaba a su fin, el latín ya no era la *lingua franca* de Europa, ni la única empleada en los libros. Las lenguas vernáculas —como el inglés, el francés, el español— eran para en-

Apuntes sobre periódicos

A HISTORIA DEL LIBRO, del papel y de la escritura determinan hasta cierto punto el desarrollo del periodismo. La necesidad de contar con noticias de lo que sucede en la comunidad es tan antigua como la de la comunicación interpersonal. En nuestros días, el diario o la prensa son fruto de una sociedad altamente industrializada. Sin embargo, para que llegara a alcanzar el lugar preponderante que ahora ocupa en la sociedad, además de papel y alfabeto, fue necesario que la capacidad de leer se generalizara entre la población y que se luchara por la libertad de expresión.

Se dice que entre los romanos, a instancias de Julio César, y por la necesidad de advertir a la población de los mandatos oficiales, surgió la prensa hacia 58 a. de C. El *Acta diurna* era una hoja manuscrita que se pegaba en los lugares más concurridos de Roma, con información sobre las decisiones del gobierno. No sólo contenía bandos y proclamas, sino que anunciaba luchas de gladiadores, predicciones astrológicas, matrimonios de sociedad y demás asuntos de interés general.

También los chinos tenían su gaceta oficial, *Pao*, que circuló desde 618 hasta 1911 informando de los asuntos de la Corte y de interés para los servidores públicos.

En la Nueva España se imprimió la primera hoja volante en 1541, que contenía el relato de un sismo que había aterrado a la población de la capital novohispana. Este tipo de prensa estaba destinado a informar regularmente a la población de acontecimientos notables, de carácter extraoficial.

tonces vehículos del conocimiento y, sobre todo, de las nuevas literaturas. Datan de esas fechas las grandes bibliotecas medievales, como la Laurenziana y la Apostólica Vaticana, así como los grandes patrones del humanismo y de los autores. Para 1450 ya se había recuperado buena parte de la herencia grecolatina y se habían escrito unas cuantas obras maestras en lenguas modernas. El mundo occidental contaba con un público ávido de material de lectura. La lenta circulación de las obras determinada por la dificultad de su manufactura reclamaba a gritos una revolución. El terreno estaba listo para la llegada de un medio mecánico de producción de libros.

La imprenta ha sido llamada la gran contribución alemana a la civilización. Lo cierto es que con ella el libro alcanza la mayoría de edad. La imprenta inventada alrededor de 1445 por un orfebre de la ciudad alemana de Mainz, el célebre Johann Gutenberg, seguía un procedimiento parecido a la xilografía y al grabado, ya que se imprimía el texto por una sola cara del papel. Lo verdaderamente revolucionario fue el surgimiento de caracteres o tipos movibles, es decir, de la tipografía.

Dada la enorme necesidad de reproducir las obras, a nadie asombra la rapidez con que se difundió la técnica ni el auge incontrolable de la nueva manera de hacer libros. Comercializada por mercaderes alemanes y a través de las rutas germanas de comercio, la imprenta transfirió al impresor un poder no concedido hasta entonces. Por más de un siglo, hasta 1550, el impresor dominaría el comercio de los libros y, con ello, los gustos literarios. Durante el siglo de los incunables —es decir, los libros impresos entre 1450 y 1500— el impresor se encargaba de todo: de la selección de los textos, de la tipografía, del diseño de los libros, de la impresión y de su venta. En algunos casos, el trabajo incluía la manufactura del papel y la encuadernación.

En un principio, el libro impreso intentó continuar con la tradición del manuscrito, por lo que a veces resulta difícil distinguir uno de otro. Hay primeras ediciones o *editio princeps* tan lujosas como los manuscritos iluminados, los cuales habrían sido producidos por los monjes, con tinta de oro y encuadernación de seda y pedrería.

El primer gran centro librero, luego de Mainz, fue Estrasburgo. Para 1464, Colonia tenía su imprenta, Basilea en 1466 y Nuremberg en 1470. El primer gran editor de la era moderna fue Anton Koberger, el empresario que la internacionalizó y que tanto contribuyó a la profesionalización de los editores. En su tiempo, Koberger llegó a dirigir más de 24 imprentas y tenía tratos comerciales con Basilea, Estrasburgo, Lyon, París y muchas otras ciudades del Renacimiento europeo.

Del auge de la imprenta da buena cuenta la rapidez con que se multiplicaba. A Italia llegó en 1462, y para 1500 Venecia contaba con 150 máquinas. Por algo se conoce al siglo XV como el siglo de oro de la imprenta, y a Italia como la cuna de la tipografía. Vale la pena citar a Nicolás Jensen, creador de las letras tortis o redondas, llamadas también romanas. Mención especial merece Aldo Manucio, gran humanista y helenista, y creador de los tipos griegos, itálico o aldino y del tamaño octavo, el de bolsillo, que antes se reservaba a los libros de misa y oraciones.

En un principio se hacían tirajes de 250 ejemplares. Manucio tuvo a bien abaratar los costos reduciendo el tamaño de los libros y cuadruplicando los tirajes. Además, editó a los clásicos latinos en ediciones que son modelo de elegancia y de rigor académico. Sus ediciones fueron las primeras en ser presa de los plagiarios, es decir, de otros editores que las reproducían sin su permiso. A Manucio también le debemos el primer diseño de un logotipo, el delfín y el ancla, con el propósito de distinguir sus propias ediciones de las piratas.

No tardaron en nacer las regulaciones sobre el oficio del impresor para protegerlo y favorecer la naciente industria. Tocó a Francisco I de Francia ser el primer monarca en interesarse personalmente en ella. Así, en 1539 contribuyó al origen de lo que serían los derechos registrados o *copyright,* emitiendo una serie de normas contra las ediciones piratas y las fácilmente confundibles. Que la imprenta se había apoderado de la producción de libros a casi un siglo de su invención lo prueban la desaparición relativamente súbita del *scriptorium* medieval y la multiplicación de las bibliotecas privadas y laicas. La resonancia internacional que había adquirido desde Amberes la *Imprenta y librería* de Cristóbal Plantino (hacia 1555) da fe del triunfo definitivo del libro impreso como medio de comunicación y vehículo del saber —y hasta de la cultura popular—, así como del nuevo oficio de librero.

A la Península Ibérica llegó la primera imprenta en 1473 y se instaló en Valencia, capital del reino de Aragón; dos años después, Sevilla contaba con la suya. Al poco tiempo siguieron Burgos, Barcelona, Zaragoza, Alcalá de Henares y Salamanca. Muy pronto el libro español adquirió sus rasgos distintivos, muy acordes con el estilo de la época: austero, pero con una dignidad que denotaba nobleza, e impreso en su mayoría en tipo negro o pesado.

A la cabeza de la empresa cultural del impresor hispánico estuvo el líder intelectual y espiritual del momento, el cardenal Cisneros. Uno de los más notables monumentos de la historia de la cultura española fue idea suya, en cuya ejecución puso especial esmero. Hablamos de la famosa *Biblia complutense políglota,* impresa en Alcalá de Henares en el taller del primer impresor español de renombre, Arnaldo Guillermo de Brocar. El trabajo editorial empezó en 1502; los seis volúmenes tardaron en ser impresos de 1514 a 1517, y los libros fueron puestos en circulación por fin hacia 1521. El tiempo dedicado no era para menos, la *Biblia complutense* contenía las sagradas escrituras en varias lenguas impresas en columnas paralelas: hebreo, caldeo, sirio, griego y latín.

El ahínco de los españoles por difundir los beneficios de la imprenta explica en parte el que la hayan enviado a México, a la recién descubierta América, tan sólo unos cuantos decenios después de la Conquista, incluso años antes de que alcanzara todos los rincones del mundo de los europeos.



Los "libros pintados" de los antiguos habitantes de Mesoamérica eran dibujados sobre papel de maguey o de amate, y en la elaboración de los dibujos, los artistas usaban tintas y pinturas de colores, y una especie de pincel. La voluta que sale de la boca de los personajes representa la palabra.



Dos tradiciones frente a frente

UCHO ANTES de que el papel fuera de uso generalizado en el Viejo Continente, los españoles que se consideraban descubridores de un mundo nuevo encontraron que, antes de llegar ellos, en Mesoamérica se utilizaba abundantemente una especie de papel hecho de la corteza de un árbol. En ese material podía escribirse, y además era ligero y perdurable. En efecto, en Mesoamérica nuestros antepasados contaban con una larga tradición bibliográfica cuya evolución se vio desviada por la introducción de la tradición europea, que es la que a la fecha seguimos.

Igual que en el resto del mundo, la antigua historia del libro en América se vincula directamente con las pinturas rupestres y la pictografía. Las tribus nómadas legaron mensajes, hermosos bestiarios esculpidos en cuevas, muchas de las cuales ya están identificadas, pero aún sin estudiar. Los indígenas primitivos se valieron también del objeto para dejarnos sus comunicados. Algunas conchas y caparazones de animales marinos engastados de cierta manera en una cuerda y enviados al jefe de otro grupo tenían tanto significado para ellos como el que tiene una carta urgente para nosotros. Dejemos que inicie la historia el

De los tlacuilos y el códice mendocino

MEDIADOS DEL SIGLO XVI, Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España, encargó a los escribas indígenas, a los *tlacuilos,* que elaboraran unos libros sobre papel europeo para que ahí narraran al emperador Carlos V sucesos y acontecimientos de las tierras conquistadas.

Los tlacuilos constituían un grupo muy señalado entre sus coetáneos por sus conocimientos sobre la producción de libros pintados. Eran hombres y mujeres que vivían en casa aparte y estaban dedicados a construir la memoria escrita de los habitantes de Mesoamérica. No sólo eran amanuenses; eran además pintores y escritores: verdaderos creadores y artistas refinados. Para cumplir con su cometido estaban obligados a conocer las tradiciones, la ciencia y la geografía, así como el significado de las imágenes que pintaban.

Pues bien, los tlacuilos se dedicaron a reescribir tres códices originales, ahora desaparecidos, que trataban asuntos diferentes de la historia y de la cultura náhuatl.

Cuando Mendoza vio finalmente los códices y quiso enviarlos a Carlos V, cayó en la cuenta de que éste no iba a entender los dibujos, por lo que mandó a un intérprete que pusiera por escrito una explicación que aclarara lo escrito. El intérprete sólo acertó a comentar burdamente lo representado. Además, se añadieron una serie de explicaciones en castellano y en latín al margen de esa galería pictórica original, con lo que se dio origen al mito de que la escritura en Mesoamérica requería de una explicación oral; es decir, se aseguraba que era meramente representativa y no significativa. Durante años se creyó que se trataba de una escritura muy rudimentaria, y este prejuicio acabó por ensombrecer también el valor pictórico de la obra.

Por lo demás, el *Códice mendocino,* como se le conoce ahora, nunca llegó a su destino. Reposa en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, Inglaterra, y espera, como tantos otros documentos del pasado precortesiano, ser descifrado con la actitud científica y humanista debida.

maestro Antonio Pompa y Pompa, pues la cuenta con mucho sabor en su libro *450 años de la imprenta tipográfica en México:* "En el principio era el verbo, mas el verbo sólo quedaba en el relato, en la tradición, en la memoria retentiva; después, en la voz de los juglares, de

los relatores, quienes transmitían a las generaciones que les sucedían el motivo de su relato; en la antigüedad remota, el verbo era representado en símbolo rupestre, en glifo esculpido; más tarde en el papiro, en el papel de maguey, sobre piel de animal, sobre lienzo; así llegaron los antiguos pobladores mesoamericanos a la pictografía y al códice.''

Durante siglos se creyó que las sociedades precolombinas no conocían la escritura y, por ello, pertenecían a la prehistoria americana. Esta creencia fue casi universal hasta hace poco más de medio siglo: la historia del Nuevo Mundo, decían algunos especialistas, se inicia con los europeos, quienes encargaron a los indígenas la redacción de sus memorias y tradiciones. Actualmente, el concepto de agrafía aplicado a esas sociedades es insostenible.

Durante la Conquista y por muchos años después tuvo lugar una destrucción sistemática de los escritos indígenas. El ímpetu evangelizador, tanto como la codicia de algunos, arrasó con la memoria escrita. Se tienen tan pocos vestigios de ella, que su reconstrucción, a quinientos años de distancia, es sumamente difícil. Sin embargo, lo poco que se ha rescatado y descifrado muestra aquella tradición bibliográfica indígena, la cual algunos españoles consideraron que ponía en peligro la empresa conquistadora y, por ello, se apresuraron a reemplazarla rápidamente con la impresa.

El mundo secreto del códice prehispánico

Todos conocemos las inscripciones en piedra y en cerámica que nos legaron las culturas mesoamericanas. Conservamos pocos códices aztecas y de las culturas olmeca, maya, huasteca, teotihuacana, tarasca, en suma, de quienes habitaron la región que ahora es México y que abarca hasta Guatemala. Sin embargo, de los antiguos pobladores de estas tierras nos han llegado anotaciones en joyas, dinteles, vasijas y platos ceremoniales que aluden repetidamente a los mandeye, o libros pintados o de pintura.

Como se ha dicho, en Mesoamérica se utilizaba de manera corriente el papel. No sólo lo empleaban para la escritura, sino que también fabricaban prendas de vestir e incluso servía de ornato. Aunque se utilizaba primordialmente como materia escriptoria de los libros pintados. Por libros pintados debemos entender las obras pictóricas con comentarios en lenguas nativas, dibujados por mayas, mixtecos y aztecas (y entre éstos los pintores o amanuenses eran los famosos *tlacuilos,* los que escriben pintando), unos cuantos tarascos y otomíes. Los libros se pintaban sobre piel de venado raspada al modo del pergamino o sobre la corteza del amatl, un árbol de la variedad de los higos. Las pinturas aparecen en ambos lados de la hoja, que se disponían por dobleces en dos o más páginas, de manera semejante a los folletos o trípticos de ahora. En su elaboración, los artistas utilizaban tintas y pinturas de colores, y una especie de pincel.

No debe creerse que los mesoamericanos escribían sólo para llevar los registros de los tributos. Por el contrario, el tema de sus escritos es muy variado y alcanza casi todos los aspectos de la vida humana. Por supuesto que contaban con una literatura muy rica. Escribían además de sus conceptos religiosos y elaboraban teogonías. Los mayas, por ejemplo, poseían obras de teatro y hacían cálculos astronómicos y del tiempo que aventajaban con mucho a los que por entonces se hacían del otro lado del Atlántico. Los mixtecos también llevaron registros de sus vidas, de las de los grandes señores y de sus contactos con otros pueblos. Todos dejaban constancias de sí por medio de relaciones de hazañas y conquistas, de peregrinaciones y de catástrofes naturales, de fechas de nacimiento y de muerte de reyes y señores. Ante la destrucción sistemática de la memoria mesoamericana hay que decir, como denunciaba Alfonso Caso: ''No me parece justo, después de haberles quemado sus libros de historia, declarar que no la tenían.''

Hasta nosotros han llegado apenas tres códices mayas que suman unas 250 páginas; trece mixtecos, nueve aztecas y algunos más de otras culturas. Además contamos con los libros poscortesianos que también son de mano indígena, pero que se escribieron en náhuatl con el alfabeto español por orden de los misioneros. En la escritura de aztecas y mayas se advierte una evolución similar a la del jeroglífico egipcio, aunque no están relacionados. Es decir, en los famosos libros pintados se encuentran rasgos de pictogramas, ideogramas y de alfabeto fonético. Aunque, como dice María Sten: ''En 1519, a la llegada de los españoles, la escritura de México no había alcanzado el grado de desarrollo de los egipcios o los chinos. En los códices, los hechos son representados por medio de imágenes, símbolos y jeroglíficos.'' La lista de los símbolos era enorme y muy complicada. A veces, el significado era múltiple y dependía del lugar o del estilo del manuscrito. Las cifras podían tener un significado distinto del numérico. El *tres* era también el símbolo del fuego; el *veinte* aludía al hombre, ya que era el número de los dedos.

Los nahuas contaban con ideogramas que representaban conceptos metafísicos como dios (*el sol*) y la palabra (la conocida voluta que sale de la boca del que habla), entre otros. Los colores con que se pintaba también tenían un significado definido. Así, el rojo y el negro simbolizaban la escritura y el saber; el amarillo, al sexo femenino; el azul, a la realeza. Los mayas dominaban la escritura ideográfica y muchos signos fonéticos. Los mixtecos y los

nahuas (que no deben ser confundidos con los aztecas) usaban la escritura de imágenes, así como las de conceptos y sonidos, y parece ser que llegaron incluso a manejar principios de la escritura silábica.

A pesar de todos los intentos de investigadores nacionales y extranjeros, la escritura maya, de la que aparentemente descienden las demás que se desarrollaron en Mesoamérica, no ha sido descifrada completamente. Pero de lo que no se puede dudar es del papel tan importante que tuvo el libro en las culturas precortesianas. Las crónicas de la época hablan de casas especiales en donde se guardaban los libros, y revelan el asombro de los conquistadores ante el elevado número de lo que parecen ser bibliotecas y archivos. A juzgar por las pruebas, "Cuando Cortés llegó al antiguo México interrumpió el proceso de desarrollo de la escritura, que estaba en vías de transformarse en una escritura fonética", afirma Sten.

La derrota del amate

En un *Memorial* fechado en 1533, el obispo Zumárraga hace hincapié en la necesidad de que en la Nueva España se cuente con una imprenta y un molino de papel. Y aunque no se han encontrado libros novohispanos ni de ése ni de los años inmediatos, sí se sabe que hacia 1539 el impresor Esteban Martín tenía ya cinco años de radicar en México. Se ha especulado mucho al respecto y aún no se ha dado con la prueba documental que lo aclare.

Por el momento está en duda si la producción de libros impresos en México arranca en 1534 y si se utilizó una imprenta de fabricación local, hecha de madera y que imprimía en papel de maguey. Lo que se sabe es que en junio de 1539, en Sevilla, se firmó en el protocolo del escribano Alonso de la Barrera un contrato entre Juan Gronberger, alemán, y Juan Pablos, italiano, para que éste se encargara del traslado y la instalación en la ciudad de México de una imprenta, la primera con tipos movibles.

Unos cuantos meses después, tal vez en septiembre, y en la Casa de las Campanas (sita quizá por las calles de La Moneda, en el centro de la ciudad), con un capital de cerca de 175 mil maravedíes, se inauguró la tradición impresa de México. Por especificación expresa de Cronberger, Juan Pablos se comprometió a estampar que los libros se imprimían "en casa de Juan Cromberger", y así lo hizo hasta 1544, fecha en que imprimió la *Doctrina breve muy provechosa,* de Zumárraga. El primer pie de imprenta mexicano lo ostenta el *Cancionero espiritual,* del padre Las Casas, con la siguiente leyenda, puesta por nosotros en español moderno: "Fue impresa la presente obra por Juan Pablos Lombardo, primer impresor de esta insigne y leal ciudad de México de la Nueva España, a 20 días de diciembre, año de la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo de mil quinientos cuarenta y seis."

En los primeros cien años de la imprenta novohispana se publicaron unas 180 obras, según la célebre *Bibliografía mexicana del siglo XVI,* de Joaquín García Icazbalceta. Se incluyeron los temas de doctrina cristiana, lingüística (diccionarios y gramáticas del náhuatl), legislación, filosofía, teología, medicina, historia natural y hasta cancioneros y crónicas. Aparte del taller de la Casa de las Campanas, la capital de la Nueva España contó con el de Tlatelolco, instalado hacia 1594 en la antigua oficina de la viuda de Pedro Ocharte, el impresor de las Campanas, y a cargo de Cornelio Adrián César. De la prensa de Tlatelolco salió la *Gramática en mexicano* del padre Alvarez (1594) y el *Calendario franciscano* (1597). Los libros impresos por Juan Pablos, por los Ocharte, por Enrico Martínez y demás impresores ilustres, entre 1539 y 1600 están considerados como incunables americanos.

Al cabo de los primeros cien años, la imprenta salió para instalarse también en las otras provincias de la Nueva España. Puebla está considerada como la segunda ciudad novohispana que contó con una imprenta, de ahí su actual prosapia en cuestiones tipográficas. En 1642 se publica allí el *Sumario de indulgencias y perdones.* Por supuesto que en ello puso gran ahínco el obispo Palafox y Mendoza, ahínco que es igualmente notorio en el establecimiento de la célebre Biblioteca Palafoxiana. La ciudad de Oaxaca fue la tercera en contar con una imprenta, hacia 1720.

En realidad, la imprenta en el territorio mexicano comenzó a vivir sus grandes momentos gracias a la efervescencia en la expresividad de ideas y sentimientos, que se dio durante las luchas de Independencia. Los jefes de la insurgencia procuraban llevarla consigo a todos los frentes. Y aunque el periodismo ya se había iniciado antes, la imprenta por entonces sirvió no sólo para mantener enterado al pueblo del estado de la guerra, sino también para ganarse adeptos y detractores. Ésa fue, sin duda, la época dorada de la folletería mexicana. Para 1827, había treinta imprentas en el territorio nacional.

De ahí a la fecha es difícil seguir el camino de la tipografía debido a la abundancia de muestras y a su uso generalizado. Sin embargo, puesto que se singularizó al contar con la primera imprenta en América, se puede afirmar que una de las características de la tradición bibliográfica mexicana es su capacidad para adaptarse y aceptar la tecnología en favor de la evolución del libro. Desde la tipografía y la impresión fotomecánica, hasta la computarizada que usa rayo láser, las artes gráficas en México están a la altura de las mejores del mundo.

Conclusión

SEGÚN LA UNESCO, libro es toda aquella publicación no-periódica, impresa en no menos de 49 páginas. Si atendemos a sus características, está claro que el libro es un vehículo de comunicación entre los hombres, vehículo escrito o gráfico que lleve en sí un mensaje de considerable extensión. Este mensaje tiene una naturaleza pública, a diferencia del documento. Además, el mensaje debe estar contenido en un material ligero, pero durable, que permita que sea transportado, o transmitido, de un lugar a otro.

Se cree que las prensas inventadas por los chinos hace unos 900 años eran de madera. Hoy en día, merced a los descubrimientos tecnológicos, la impresión se lleva a cabo por medio de procedimientos muy refinados, aunque a la vez rapidísimos y exactos, que utilizan el rayo láser, de una capacidad que se antoja prácticamente ilimitada. Las investigaciones en teleinformática y cibernética han abierto nuevos horizontes para la milenaria capacidad del hombre de leer y escribir.

Hay incluso quienes se atreven a imaginar que en el futuro ya no habrá libros ni enciclopedias, sino que la transmisión del conocimiento se hará por medios electrónicos, que el papel será reemplazado, al igual que lo fue el papiro, por los microchips. Mientras llega ese momento, si es que en realidad llega algún día, el libro seguirá siendo el instrumento de comunicación humana por excelencia.

